50 imprescindibles

Antología de la poesía española del siglo xx

Del modernismo a la generación del 98

La España que clausura el siglo XIX se presenta como una nación irremediablemente vencida. La firma del Tratado de París en 1898, que puso término a la guerra con Estados Unidos, supuso la pérdida de las últimas colonias de ultramar del antiguo imperio hispánico: Filipinas y Puerto Rico fueron cedidas a los norteamericanos, mientras que Cuba alcanzó (al menos formalmente) su independencia, a pesar de que en la práctica quedó también bajo tutela estadounidense. El colapso económico fue inmediato, generando un sentimiento de derrota total que marcó a todos los estratos sociales: las élites políticas se vieron forzadas a suscribir pactos humillantes; la burguesía observó cómo se desvanecían los mercados americanos y las grandes plantaciones de azúcar; y el pueblo, principal víctima, carecía de acceso tanto a la educación (con altísimos índices de analfabetismo) como a los alimentos básicos, cuyos precios resultaban inaccesibles.

En este contexto, durante la minoría de edad de Alfonso XIII, su madre, la reina María Cristina, ejerció la regencia hasta 1902, año en que el monarca asumió el poder sin que ello produjera transformaciones importantes en la vida política. Entretanto, los dos grandes partidos (liberal y conservador) se alternaban en el gobierno por medio de un sistema marcado por la corrupción y el reparto de privilegios entre reducidas élites que monopolizaban el poder. En el ámbito rural, la figura del cacique simbolizaba este control local; se trataba de un intermediario de confianza de una u otra ideología que garantizaba los votos a cambio de favores, empleos públicos o pagos directos. En las ciudades la situación

tampoco era mejor. Estallaron numerosos conflictos con la clase obrera: por ejemplo, los trabajadores del sector textil en Barcelona protagonizaron en 1909 una huelga que se transformó en la llamada Semana Trágica, con más de un centenar de víctimas; también en Asturias, los mineros se sublevaron exigiendo salarios justos y mejoras laborales.

Ante un escenario tan desolador, los intelectuales (pensadores, músicos, escritores, entre otros) respondieron desde la creación artística con dos orientaciones distintas que se denominan generación del 98 y modernismo. Los integrados en la generación del 98, que eran mayoría en el ámbito literario, se propusieron expresar en sus obras la decadencia de la patria y el desengaño existencial de los españoles, subrayando la miseria material y la degradación moral, los abusos del poder y los choques entre clases. Y dar respuesta a ello, sugiriendo diferentes estrategias que les permitieran salir de la crisis general en que estaba instalado el país. Dentro de este grupo destacan figuras como Miguel de Unamuno, quien en *Del sentimiento trágico de la vida* contrapone la razón que acepta la muerte frente al ansia de inmortalidad, en un clima moral marcado por la derrota del 98; Ángel Ganivet, por su parte, en *Idearium español* analiza sin rodeos las penurias nacionales (materiales y espirituales) y propone una regeneración interior alejada de nostalgias imperiales; diferente es la postura de Ramiro de Maeztu, quien en *Hombres y pueblos de España* aboga por restaurar un ideal hispánico cimentado en la fe católica y la tradición. Entre los novelistas más destacados encontramos a Pío Baroja, autor de *El árbol de la ciencia,* una obra que funciona como retrato sombrío de la decepción rotunda de los hombres de ciencia como el protagonista, el médico Andrés Hurtado; también *La voluntad,* de Azorín, donde se plasma la lentitud y el tedio castellanos como metáfora de una nación exhausta. Y, en el ámbito poético el más claro exponente de la generación del 98 es Anto-

nio Machado *(Soledades, Galerías y otros poemas* o *Campos de Castilla),* que convierte la austera aridez de las extensas superficies agrarias de Castilla en símbolo de una nación herida, pero todavía capaz de albergar —y esto es esencial— una ultimísima esperanza. Recuérdese, por ejemplo el poema «A un olmo seco» que se inicia de esta manera: «Al olmo viejo, hendido por el rayo / y en su mitad podrido, / con las lluvias de abril y el sol de mayo/ algunas hojas verdes le han salido».

Frente a esta corriente del desencanto vital se alzan los modernistas, que, siguiendo el ejemplo del poeta nicaragüense Rubén Darío, se alejan del sombrío presente nacional y sitúan sus creaciones en escenarios exóticos y refinados desde los que se celebra la armonía y el goce de los sentidos bajo una atmósfera de suave melancolía ante esos mundos que desaparecen. En esta apuesta por la belleza pura, los escritores que lo aplican huyen del caos de la realidad hacia universos imaginarios poblados de símbolos y musicalidad. Sobresale el polifacético Francisco Villaespesa, autor de *El alcázar de las perlas,* un drama que recrea un Oriente de pasiones y visiones mágicas; Ramón del Valle-Inclán, quien en *La corte de los milagros* contrapone el lujo aparente de la aristocracia decadente con la ruina moral de sus costumbres; también María Lejárraga, capaz de conjugar en *Canción de cuna* (o en los libretos de *El amor brujo* escritos para el músico Manuel de Falla) un sutil feminismo con sensualidad liberadora; y Carmen de Burgos, «Colombine», la reportera de guerra y escritora que explora con agudeza la condición femenina en *Voces de la vida.* No podemos olvidarnos tampoco de Salvador Rueda, autor de *Piedras preciosas,* donde, con un vitalismo cargado de sensorialidad celebra la naturaleza como joya luminosa. Y, naturalmente, hay que mencionar a Manuel Machado, quien en *El mal poema* —por ejemplo— busca la esencia popular de Andalucía a través del duende y la pasión por vivir. Pero la figura principal de este modernismo

es la de Juan Ramón Jiménez, cuyas obras primeras (que abarcan desde los versos de *Arias tristes* a la prosa poética de *Platero y yo)* reflejan una musicalidad delicada y nostálgica que evoca la fragilidad del mundo rural andaluz que va desapareciendo poco a poco, como un susurro que se extingue.

La suma de todos estos autores que inauguran el siglo xx nos muestra la realidad panorámica de una etapa de sufrimiento y de una España escindida en dos que, sin rendirse, buscaba una solución para sobrevivir a la catástrofe. Porque, si por un lado, los noventayochistas afrontan la descomposición nacional (económica, social y moral) animando a esforzarse por ser vitalistas frente al desastre para sobrevivir y recuperar el optimismo; por otro, los modernistas se evaden hacia reinos exóticos de belleza sensual y melancolía fugaz, buscando aliviar la desesperación y recomponer el espíritu colectivo. Son dos caminos necesarios, pues se complementan para responder al derrumbe de un modelo social que reclamaba una regeneración espiritual profunda, una reconstrucción desde las raíces para recuperar el impulso vital, la esperanza de un futuro posible.

Antonio Machado
(1875-1939)

Antonio Machado nació en Sevilla y se vinculó a la generación del 98, caracterizada por su preocupación por la identidad de España y por el sentido de la vida. Se enamoró profundamente y se casó con Leonor Izquierdo, una muchacha mucho más joven que él que falleció de tuberculosis, sumiéndolo en una honda tristeza que se refleja en sus obras. Su poesía se caracterizó por un lenguaje sencillo, profundo y reflexivo, con un tono melancólico que vinculaba los paisajes de las ciudades en las que vivió (fue profesor de francés en Soria, Baeza y Segovia) con sus sentimientos más íntimos. Entre sus poemarios más importantes se encuentran *Soledades* (1907), *Campos de Castilla* (1912) y *Proverbios y cantares* (1912), en los que aborda la conexión entre la naturaleza conectada con la reflexión sobre el paso del tiempo y la condición humana. Considerado el gran referente ético de la literatura española del siglo xx, al final de la Guerra Civil tuvo que marcharse al exilio, cruzando los Pirineos desde Barcelona. Murió el 22 de febrero de 1939, a causa de una neumonía, pocos días después de llegar al pueblecito francés de Colliure, donde sigue estando su tumba.

XI

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!…
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero…
—La tarde cayendo está—.
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón».

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada».

[Soledades]

LIX

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nuestra vida
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

[Soledades]

CXV
A un olmo seco

Al olmo viejo, hendido[1] por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

[1] *hendido:* rajado.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden[2] sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje[3] un torbellino
y tronche[4] el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

[Campos de Castilla]

[2] *urden:* preparan los hilos.
[3] *descuaje:* arrancar de raíz.
[4] *tronchar:* partir o romper con violencia.

CXIX

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

[Campos de Castilla]

CXXII

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!…
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

[Campos de Castilla]

CXXX
La saeta

¿Quién me presta una escalera,
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?

Saeta popular

¡Oh, la saeta[5], el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!
¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!

[Campos de Castilla]

[5] *saeta:* cante tradicional andaluz ante una imagen religiosa.

XXI

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía…
Después soñé que soñaba.

[Proverbios y cantares]

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

[Proverbios y cantares]

LIII

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere

y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

[Proverbios y cantares]

Manuel Machado
(1874-1947)

Manuel Machado, hermano mayor de Antonio y también sevillano, destacó como poeta modernista influido por el folclore andaluz que había estudiado su padre bajo el seudónimo de *Demófilo.* Tras residir varios años en París, regresó a Madrid donde trabajó como bibliotecario y, junto a Antonio, triunfó como dramaturgo en obras como *La Lola se va a los puertos* (1929). Su escritura se caracteriza por un lirismo que fusiona elegancia formal con una musicalidad marcada por un predominio de ritmos populares que capturaban el estilo de lo considerado andaluz (coplas, letras flamencas, seguiriyas, etc.). Entre sus poemarios principales se encuentran *Alma* (1902), *El mal poema* (1909), *Cante hondo* (1912) y *Ars Moriendi* (1921), en los que se reflejó su habilidad para fusionar la tradición de la cultura andaluza y la modernidad simbolista en el panorama lírico español del siglo xx.

La copla

Hasta que el pueblo las canta,
las coplas, coplas no son,
y cuando las canta el pueblo,
ya nadie sabe el autor.

Tal es la gloria, Guillén,
de los que escriben cantares:
oír decir a la gente
que no los ha escrito nadie.

Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo a parar,
aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.

Que, al fundir el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad.

[Cante hondo]

Ocaso

Era un suspiro lánguido y sonoro
la voz del mar aquella tarde… El día,
no queriendo morir, con garras de oro
de los acantilados se prendía.

Pero su seno el mar alzó potente,
y el sol, al fin, como en soberbio lecho,
hundió en las olas la dorada frente,
en una brasa cárdena[1] deshecho.

Para mi pobre cuerpo dolorido,
para mi triste alma lacerada[2],
para mi yerto[3] corazón herido,
para mi amarga vida fatigada…
¡el mar amado, el mar apetecido,
el mar, el mar y no pensar en nada!…

[Ars Moriendi]

Castilla

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares[4]
y flamea[5] en las puntas de las lanzas.

[1] *cárdena:* rojo muy oscuro, amoratado.
[2] *lacerada:* infeliz, desdichada.
[3] *yerto:* rígido, frío a causa de la muerte.
[4] *petos y espaldares:* protegen el pecho y la espalda.
[5] *flamea:* despide llamas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo…
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas[6], el postigo
va a ceder… ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde… Hay una niña
muy débil y muy blanca,
en el umbral. Es toda
ojos azules; y en los ojos, lágrimas.
Oro pálido nimba[7]
su carita curiosa y asustada.

«¡Buen Cid! Pasad… El rey nos dará muerte,
arruinará la casa
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja…
Idos. El Cielo os colme de venturas…
En nuestro mal, ¡oh Cid!, no ganáis nada».

Calla la niña y llora sin gemido…
Un sollozo infantil cruza la escuadra

[6] *picas:* lanzas largas con un hierro en la punta.
[7] *nimba:* rodea de luz el rostro.

de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!».

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

[Alma]